EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVI — DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA — NÚM 10684

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1° y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MIERCOLES 16 DE JUNIO DE 1897

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

PAPEL DEL ESTADO

Operaciones al contado y á plazo en toda clase de valores cotizables en Bolsa.

COMISIONES REDUCIDAS

CAMILO PEREZ LURBE

12, CASTELLINI, 12

LA FESTIVIDAD DEL CORPUS

Puede decirse que la fiesta del Santísimo Sacramento es tan antigua como el mundo: los Patriarcas la celebraron ofreciendo sus sacrificios simbólicos de la gran víctima, y todos los pueblos renovaban también su memoria en sus ensangrentadas aras.

La festividad de la Eucaristía es continua en la tierra, desde la publicación del evangelio especialmente: los Apóstoles fieles al mandato que les diera su divino Maestro de que renovasen el sacrificio misterioso de la Cena y lo celebrasen en memoria suya, hicieron que la fiesta de la Eucaristía fuera tan antigua y universal como la Iglesia; y desde aquella época no ha dejado de verterse un solo instante la divina sangre en todos los ambitos de la tierra.

Era el siglo XIII: en aquella época vivia á la sombra de un humilde claustro una religiosa olvidada del mundo y de sí propia, y sobre la cual fijó los ojos el Todopoderoso para llevar á cabo su magnifico designio.

El Convento de las Hospitalarias del monte Cornillón, se alzaba cerca de la ciudad de Lieja, y entre las castas palomas que allí moraban había una novicia de 16 años de edad, humilde joven nacida en la aldea de Retina en 1193, y cuyo nombre era Juliana. Hallándose un día en oración aquel angel de la tierra, el esposo de las almas puras, el que se complace en comunicarse con los corazones humildes, le dijo que quería que se instituyese una fiesta solemne para honrar al Sacramento de su amor. Sea timidez, sea temor de ilusión, la piadosa doncella conservó esta revelación en el fondo de su pecho y únicamente se esforzaba en suplir lo que no había hecho aun la Iglesia, acrecentándo su devoción hacia Jesús en el Sacramento.

Habiendo sido elegida priora del Monasterio en 1230, sintió más vivos impulsos de declararse, y la primera persona á quien revelo su secreto fue á un canónigo de San Martín de Lieja.

Aprobado por Teólogos y Pastores de la Iglesia, la beata Juliana, mandó componer un oficio del Santísimo Sacramento del cual, ella misma dió la idea y el plan, é hizo que lo aprobasen los principales teólogos del país.

La persecucion de que fue objeto la beata Juliana unida á la muerte del Obispo de Lieja, suspendieron la celebración de la nueva fiesta.

Las dilaciones se sucedian unas á otras, cuando un ruidoso milagro hizo que cesase la incertidumbre del Santo Padre, y se apresurase el resultado de la negociación.

Hallábase el Papa Urbano IV en Orvieto, pequeña ciudad distante unas veinte leguas de Roma, é inmediata al pueblo de Bolsena.

Al celebrar la misa en esta población un sacerdote en la Iglesia aun existente de Santa Catalina, se dejó caer por descuido algunas gotas de la preciosa sangre sobre el Corporal, y para hacer desaparecer las huellas de la desgracia, dobló y volvió á doblar el sagrado lienzo con objeto de estancar la sangre adorable; pero se desplegó al momento y se vió que la sangre había penetrado en todos los dobleces, imprimiendo en todas partes la figura de la Santa Hostia perfectamente dibujada con color de sangre. El Soberano Pontífice hizo que le llevaran á Orvieto el lienzo maravilloso, se patentizó el milagro, y el Corporal se conserva todavía en la Catedral, encerrado en relicario que es una verdadera obra maestra de la Edad Media.

Recordando entonces el Santo Padre las instancias que se le habían hecho para que se estableciese la fiesta del Santísimo Sacramento, instituyó esta solemnidad y mandó que se celebrase con toda la pompa de las fiestas de primera clase, señalando para dicha festividad el Jueves después de la la Octava de Pentecostés.

Se ignora el año y el lugar en que se expidió la bula de institución, y se sabe únicamente que el breve que dirigió Urbano IV á la beata Eva, es del 11 de Agosto de 1264, confirmado por Clemente V en 1311 en presencia de los Reyes de Francia, Inglaterra y Aragón.

El Santo Concilio de Trento recomendó eficazmente la procesión del Santísimo Sacramento, que es la parte más explendente de los oficios de esta festividad, imponente en las plazas fuertes, donde el estruendo del cañón se mezcla con los himnos sagrados, y solemne en las ciudades marítimas en que parece que el Oceano le imprime cierto carácter de lo infinito.

TIJERETAZOS

Según dice un periódico, en el juzgado de la Coruña va á verificarse una subasta, que sacará de apuros para siempre al feliz mortal que se quede con ella.

Para pago de costas en una causa seguida por lesiones, se venderá públicamente..... una navaja, tasada..... en cinco céntimos de peseta.

El que la remate asegura su porvenir.

Cuando le vaya mal en los negocios, no tiene más que *hurgarse* un poco con el arma para darle un capotazo á los disgusgustos.

—

En Socuéllamos han querido asar al médico pegándole fuego á la casa que habita cuando estaba entregado al reposo.

Se desconoce al cocinero que ha intentado confeccionar ese plato fin de siglo.

Ni se sabe tampoco si el médico haqría frito antes la sangre al dueño de la mano criminal que ha atizado la tea.

—

Un periódico de Granada da cuenta de un nuevo progreso en el *arte* de introducir matute:

«Hace varias noches fue detenido en aquella ciudad, por la ronda de consumos, una burra que llevaba una barriga postiza de hoja de lata, llena de petróleo.

El artefacto estaba tan *al natural* que, para evitar sospechas, los ingeniosos matuteros habian pegado con cola á la superficie exterior una buena porción de pelos de asno.»

¡Qué torpeza! Si le ponen pelos de asna aun estaría ganándole á su dueño muy buenos duros esa burra de doble fondo.

Pero, claro está, los empleados se fijarían en el sexo del pelo y adivinaron el petróleo.

Siempre se olvida lo mejor.

—

Dice «El Dia»:

«El tema obligado de todas las conversaciones en el salón de conferencias del Congreso, en los centros oficiales y en los circulos donde concurren los hombres políticos, ha sido el discurso que pronunció anoche el ilustre hombre público Sr. Silvela.»

¿El tema?

¿No le parece al colega que le cuadra mejor *la lata*?

Porque lo es en grado excesivo la discusión que se ha empeñado en la prensa de Madrid.

Periódico hay, como «La Epoca» que considera un fracaso el meeting silvelista y le dedica dos planas y un retal.

De los que lo consideran un monumento no digamos: esos hablan de él hasta en el título y en el pie de imprenta.

¿Qué vuelos habrá alcanzado la discusión que apenas ha quedado espacio para ocuparse de la recepción hecha en Madrid al héroe de Imús y de Cavite?

¡Y aun hay tela cortada para rato!

GLORIAS NACIONALES

BATALLA DE PLASENCIA (ITALIA)

16 de Junio de 1746

Hallándose las tropas austriacas en las cercanías de Plasencia para acometerla, el infante D. Felipe, haciéndose cargo de la gran desproporción numérica que existía entre sus tropas y aquellas de María Teresa, hizo venir en su auxilio al general francés Maillebois.

Aprovechándose de la obscuridad de la noche, las tropas aliadas cayeron sobre los austriacos, trabándose un combate muy sangriento y desventajoso para ellas. Los acometidos estaban alerta y bien dispuestos para rechazar con éxito cualquiera agresión, y esto unido á que la obscuridad no permitió á españoles y franceses conservar concierto en la acometida, fácil les fue codvertir en derrota enórme lo que éstos creyeron segura victoria.

Dejando sobre el campo de batalla 8.000 bajas entre muertos y heridos y en poder de los austriacos 1.000 prisioneros, refugiáronse en Plasencia.

Inútil es decir que en tan memorable como desgraciada empresa se registraron actos heróicos, dignos de figurar entre las páginas de gloria de nuestra patria.

Entre ellos cuéntase el del general Aramburu, que con un puñado de valientes, pasando por encima de inmensos montones de cadáveres y arrollando á centenares de soldados, asaltó una bateria y clavó 26 piezas, heróico esfuerzo que se malogró por no haber sido auxiliado por la caballería, según estaba fijado en el plan. El pundonoroso y bizarro general, lo mismo que el centenar de soldados que le seguían cayó prisionero de los austriacos, cubierto de graves heridas y casi exánime.

CESAR.

(Prohibida la reproducción).

Tenian que facilitarse paso hasta la hostería, y esto era una empresa dificil y arriesgada. Con todo; lejos de arredrarse multiplicaron sus esfuerzos.

Colocados en hilera principiaron á dividir los espesos grupos que tenian delante. Algunos valientes habian querido hacer uso de sus armas en contra de los temerarios que atropellaban y derribaban á los que estaban mas inmediatos; pero su furor se cambiaba en mansedumbre cuando observaban el altivo continente de los jóvenes.

Apesar de esto los grupos se iban hacinando á medida que se aproximaban á la hostería. Era casi imposible salvar tales barreras.

El pueblo principió á murmurar de un modo airado: las mujeres y los chiquillos entonaron un coro de rudos apóstrofes en contra de los cinco temerarios que no cesaban de arrollar espesas columnas de gente, y estos dispuestos á todo amenazaban con las empuñaduras de sus espadas á los mas insolentes.

Acaso se hubiera dado lugar á un conflicto si la astucia de Millan Pantoja, no diera un giro distinto á la irritación de todos los circunstantes.

Adelantóse del modo que pudo hasta ponerse al lado de Martín, y dirigiendo la palabra á las masas compactas del pueblo que los rodeaba, exclamó:

—Paso, amigos mios... paso. Somos portadores de

mil cabezas apiñadas que se alzaban, gesticulaban, reían ó chillaban según la impresión que iban recibiendo.

Algunos seres de ambigua figura se montaban sobre los hombros de sus compañeros, y desde allí dominando el curso de aquellas corrientes humanas tremolaban trapos inmundos á guisa de estandartes guerreros.

Veíanse desemboear por las calles contiguas masas espesas de hombres y mujeres apretados y confundidos, sin que se determinase un perfil en medio de aquellos borbotones de personas que subían y bajaban como las ondulaciones de una gran serpiente.

Todos mugian; ninguno lanzaba una articulación conocida; allí borbotaba un sonido como el que nace de una inmensa caldera, cual el que retumba en uno de esos *sábados* fantásticos descritos por Delancre y Cardan.

La hostería de la Cruz blanca estaba ceñida por anchas murallas de hombres que hacían ostentación de toda clase de armas. ¡Estraño museo que lanzaba rayos siniestros al ser herido con la luz de los hachones, y el cual presentaba mil instrumentos raros de muerte y venganza!

Nuestros cinco jóvenes llegaron á los puntos mas peligrosos de aquella inmensa reunión.

Era preciso tomar un partido decisivo.

—No perdamos un instante, exclamó Martín juntando su cabeza á las de los demás por temor de que oyesen sus palabras. ¿Sabeis que va á estallar una conjuración?

—Lo sabemos, contestaron sus amigos.

—¿No teneis ningún antecedente acerca de ella.

—No, replicó el capitán León: solo hemos visto que amenaza un peligro al trono de Carlos II y por eso es nuestra reunión.

—¿Y no sabeis mas? preguntó Martín.

—Nada mas.

El joven derramó una ojeada en torno suyo.

—¡Ah! yo lo sé todo.

—Explicaos.

—Antes de hacerlo es preciso advertir una cosa.

—¿Cual?

—Que vamos á luchar con el hombre que hace dias se presenta en nuestro camino.

Estas palabras dichas de un modo vago y confuso esparcieron una profunda alarma en aquellos corazones de bronce.

—¿Con quién? preguntó el capitan Leon.

—Con Asima

—Cuatro gritos guturales salieron de los pechos de los oyentes.